



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Cuba 1959: la Revolución y la Burguesía

Autor: Winocur, Marcos

Forma sugerida de citar: Winocur, M. (1989). Cuba 1959: la Revolución y la Burguesía. *Cuadernos Americanos*, 1(13), 24-45.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año III, núm. 13, (enero-febrero de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUBA 1959 LA REVOLUCION Y LA BURGUESIA

Por *Marcos WINOCUR*
DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO,
FACULTAD DE ECONOMÍA, UNAM

ES UN hecho que los sectores económicamente dominantes de un país se ven compelidos a definirse en presencia de los movimientos revolucionarios. Es un hecho, pero aún no constituye una experiencia del todo analizada en el marco de América Latina. El caso que nos ocupa, la Revolución Cubana, no es una excepción. ¿Cómo se definieron los hacendados del azúcar en el período 1952-1959? El caso resulta del mayor interés tomando en cuenta que se trata de la primera revolución que luego dará pasos hacia el socialismo en América Latina, y cuya repercusión ha sido notable desde los comienzos.

I. Antecedentes históricos

LA Colonia americana aparece como subsecuente de la Conquista. Pero su índole es otra. No un hecho de armas, sino operado en el estricto dominio de la producción. La finalidad es la explotación de riquezas brindadas transoceánicamente —minas, plantaciones, ganadería— circunstancia que tipifica el fenómeno. Dicese que la espada del conquistador fue trocada en instrumento de labranza. Cabe agregar que éste iba a ser manejado por alguien en cuyas manos otro lo había depositado. De este otro nos ocuparemos, que es decir de una burguesía nativa. acida bajo la Colonia se proyecta sobre la República. Y con mayor razón si de la isla de los cubanos se trata, considerando lo tardío del planteo independentista.

Fue así que la guerra patria cubana estalló por oriente en 1868. En ese paso los hacendados de la zona representaban no sólo sus intereses, sino los de la nación entera. Con retraso de medio siglo,

* Este trabajo, fundado en fuentes originales, forma parte de mi tesis doctoral dirigida por Pierre Vilar para l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París.

ahora el momento revolucionario se apuraba. Pero, a pesar de prolongarse las hostilidades por diez años, no se logró ganar en igual medida a la nación entera. En occidente los hacendados se mostraron en general reticentes. Finalmente la relación de fuerzas se inclinó a favor del imperio que concentraba las fuerzas militares y, perdida la guerra para los cubanos, el dominio colonial continuó vigente.

No fue muy alentador el recuento para los hacendados orientales. En lugar de la salida a un conflicto de raíz económica, fue la tierra asolada, las familias diezmadas. El sentimiento independentista continuó vivo. Pero la empresa ya no suscitaba entusiasmo entre los hacendados. Y así, cuando años después una segunda guerra patria tenga lugar, encontrará a su cabeza a hombres de muy distinta extracción social, como el abogado José Martí, el inicialmente sargento Máximo Gómez, el arriero mulato Antonio Maceo, y otros.

Mientras tanto, no se trataba sólo de España, sino de los Estados Unidos. Geográficamente están a un paso de la Isla: 180 km separan ambas costas. Y económicamente han venido reduciendo las distancias. Hacia 1860 el comercio exterior cubano se distribuía como sigue: 62% a los Estados Unidos, 22% a Inglaterra y 3% a España (el 13% restante correspondía a otros países con quienes no existía tráfico regular). Este dominio norteamericano en la posición compradora se explica porque su industria refinadora de azúcar se abastecía en Cuba. Y tiempo después, hacia 1895, se constata en la Isla una considerable inversión de capitales norteamericanos del orden de los 50 millones de dólares. Que, por lo demás, debe ser vista en perspectiva: veintisiete años después se habrán radicado por un monto veinticuatro veces mayor, en el orden de los 1 200 millones de dólares. Y ello significará para la década de los veinte una cifra récord entre los países latinoamericanos.

Nos enfrentamos pues con un hecho operado en el campo de las fuerzas de producción, a saber: las innovaciones tecnológicas aplicadas a la molienda del azúcar, y cómo ese hecho va a repercutir sobre las relaciones dominantes de producción, de tipo esclavista, y en los acontecimientos políticos. Esclavo por asalariado y sumisión a la Colonia por lucha independentista son cambios correlativos a otros cambios: caldera a vapor en lugar de fuerza motriz animal, aparatos de hierro en lugar de madera y extracción al vacío en lugar de hacerlo a cielo abierto. Por lo demás, el aumento de productividad hizo crecer sin pausa los volúmenes de producción y con ello se reforzó el peso de la burguesía azucarera en la sociedad del siglo xx. De década en década la burguesía azuca-

raera conoció altibajos. Los buenos años veinte de "la danza de los millones", cuando no se sabía de restricciones en los mercados. Los malos años treinta, cuando, a partir de la crisis mundial, los precios cayeron verticalmente. Y los años cuarenta de recuperación modesta, favorecidos por las compras que provocara la segunda gran guerra. Era la historia de siempre: no bastaba con producir, había que colocar el azúcar en los mercados. Los buenos años hacían olvidar la competencia, los malos años la volvían a poner sobre el tapete.

Dentro de ese último marco es que desembocamos en nuestro tiempo corto de la década de los cincuenta.

II. De la remolacha enemiga

CONDICIONADA por la necesidad de colocar el azúcar, Cuba oscilaba entre dos políticas: zafras libres, sin limitaciones, y zafras restringidas por debajo de la capacidad productiva de la Isla. La década de los cincuenta experimentó ambas. Libres hasta 1952, la zafra recolectada ese año batió todos los récords alcanzando las 7 012 000 toneladas.¹ Pero este suceso, lejos de aportar la riqueza, planteó serios problemas: por primera vez desde 1941 la zafra pudo ser sólo parcialmente colocada en un volumen de 4 849 000 toneladas.² Vale decir, el 30.6% de la producción azucarera de 1952 quedó como excedente para ser vendido en años subsiguientes. La consecuencia no se hizo esperar: vuelta a la política de zafras restringidas a partir de 1953.

¿Cómo repercutió este cambio? Como catastrófico para la economía cubana lo calificó un comentarista en el tradicional *Diario de la Marina*. Y pasó a enumerar: la contracción se agravó, disminuyó el ingreso nacional, la recaudación fiscal, las exportaciones y las importaciones —de 517.6 a 489 millones—, de modo que se cerró el balance de pagos internacional con déficit; el ingreso azucarero total bajó de 411.5 millones a 253.9 millones y los correspondientes a los agricultores de 144 millones a 125.4 millones, cifras dadas en pesos cubanos a la par del dólar.³

¹ *Anuario azucarero de Cuba*, cit. en Hugh Thomas, *Cuba for the pursuit of freedom*, Londres, Eyre and Spottiswoode, 1959, p. 1564.

² Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar, *Compilación Estadística*, cit. en Michel Gutelman, *L'Agriculture socialisée à Cuba*, París, Maspero, 1967, p. 38.

³ José Antonio Guerra, "La industria azucarera cubana: 1932-1957", en *Diario de La Marina* (15 de septiembre de 1957), cit. en Raúl Cepero

Más que exhaustiva verificación estadística, importa la cita en cuanto muestra de cómo una corriente de alarma por los efectos de la restricción azucarera buscaba eco en la opinión pública. Y en la ocasión se echaba mano del principal órgano de la "gran prensa" de la Isla. Si bien las cifras manejadas por el comentarista lo son de manera incompleta, no por ello sus conclusiones resultan menos rigurosas. Tal se desprende de la compulsión estadística a que hemos sometido los rubros citados y otros que hacen al termómetro de la economía de un país.⁴ Todos denuncian sensibles bajas acentuadas en los dos años subsiguientes (1954-1955) componiendo el tablero de un deterioro económico general, sin llegar a la crisis. Y, en fin, se agrega el incremento en los niveles de desocupación. De toda la década, 1955 fue el año de más corta zafra: 69 días.⁵

¿Qué hacer? La respuesta llegó desde el mundo de los negocios. "Cuba ha de competir o perecer", proclamaba editorialmente y asumiendo el hecho de la superproducción azucarera registrada, la revista empresarial *Cuba económica y financiera* en 1952.⁶

Ciertamente, no era la única alternativa. Podía comenzar por buscarse otras espaldas que soportaran el peso de la mala hora. Desde hacía cierto tiempo no se abonaba a los trabajadores azucareros un rubro salarial llamado diferencial, convenido en la década de los cuarenta. Pero ese era el límite... más allá, frente a una clase obrera de reconocidas tradiciones de lucha y que recibía su ración dentro del deterioro económico general, era no sólo difícil sino peligroso. Incluso se trataba de un límite precario que la burguesía azucarera no alcanzaría a conservar. El diferencial debió ser restituido, al menos en parte, luego de una violenta huelga estallada en vísperas de la zafra de 1956. Fallaba pues la posibilidad entrevista de incrementar plustrabajo vía superexplotación y compensar así menores entradas causadas por la contracción.

Bonilla, *Política azucarera (1952-1958)*, México, Editora Futuro, s.f., p. 69. Los precios del azúcar son dados en centavos de pesos cubanos por unidad de peso (libra) inglesa.

⁴ "Ingreso nacional cubano (1952-58)", en *Cuba económica y financiera*, 404 (1959), p. 15; "Política azucarera (1952-1958)", en *Anuario azucarero de Cuba* (1959), p. 185; *Compilación estadística*, pp. 38-39; "El intercambio cubano-americano", en *Cuba económica y financiera*, 386 (1958), p. 3. Fuentes procesadas en Marcos Winocur, *Cuba: sucre, café et révolution*, tesis del tercer ciclo, París, 1975.

⁵ Antonio Núñez Jiménez, "La ley de reforma agraria y su aplicación", en *Primer forum nacional sobre la reforma agraria*, séptima sesión, La Habana, 1959, p. 7.

⁶ "O competimos o perecemos", en *Cuba económica y financiera*, 318 (1952), p. 3.

Otra alternativa consistía, como el mundo empresarial lo manifestó al jefe de Estado, en "promover un inmediato desarrollo económico por otros cauces".⁷ Por otros cauces: significaba incrementar y diversificar los cultivos no azucareros e industrializarse. De ese modo, al mismo tiempo que se creaban fuentes de trabajo, se sustituían importaciones. Ahora bien, los países compradores lo eran siempre y cuando, por igual valor del azúcar adquirido, fueran vendedores a Cuba. Y si Cuba se ponía a producir bienes de consumo sustituyendo importaciones, no había manera de colocar el azúcar.

Un ejemplo será ilustrativo. Proviene de la revista empresarial que titula "Nuevos ataques injustos contra Cuba".⁸ Un senador norteamericano, Frank Carlson, exhorta al Congreso a reducir la cuota de importación de azúcar cubano aduciendo que la Isla había anunciado la construcción de dos molinos harineros. Según el senador, ello implicaría restricción a las compras cubanas de harina norteamericana. La revista empresarial reaccionaba vivamente: si ese punto de vista predominara, decía, el país "tendría que resignarse a ver congelada su economía, de una parte por la limitada cuota azucarera norteamericana y la competencia mundial, y de otra para mantener su mercado interno sin cambio alguno en beneficio de los exportadores extranjeros".⁹ Conjugando los verbos en presente, eso era lo que estaba ocurriendo. Por lo demás, la burguesía azucarera no tenía ningún interés en cambios en el mercado interno que de contragolpe hicieran peligrar sus ventas al exterior. De modo que otra de las alternativas, cultivos e industrialización que produjeran sustitución de importaciones, resultaba vetada.

No quedaban mayores opciones. La burguesía marchó hacia el planteo de una agresiva competencia en los mercados exteriores, a saber: lanzar todo el azúcar capaz de producirse a la venta. Implicaba un regreso a las zafras libres, con sus consiguientes riesgos. Por lo pronto, la caída en los precios. Pero no se excluía la perspectiva de romper el círculo de los compradores tradicionales y, en desafío a la guerra fría de los años cincuenta, intentar el intercambio con los países socialistas u otros en vías de desarrollo. No era una apuesta fácil, mas no se advertía otro camino: las zafras restringidas conducían a la asfixia. De todos modos, aclaremos desde ya, no se llegó a rebasar los marcos formulativos pues antes que

⁷ "Exposición de las clases económicas al jefe de Estado", en *Cuba económica y financiera*, 320 (1952), pp. 21-22.

⁸ "Nuevos ataques injustos contra Cuba", en *Cuba económica y financiera*, 373 (1957), p. 8.

⁹ *Ibid.*

nada era preciso —como veremos— remover obstáculos de índole política. Y cuando se hizo, derribando la dictadura, fue tarde: la audacia competitiva de los hacendados había quedado muy atrás, devorada por el torbellino revolucionario.

Mientras tanto, las zafras restringidas eran bien vistas en los mercados exteriores. Conducían a la Isla a una política pasiva ante los competidores. Unos se destacaban: los cultivadores de remolacha azucarera (y de caña) norteamericanos. Frente al proveedor número uno impugnaban con renovada fuerza de año en año la cuota que su país había asignado a la Isla. No en balde ya en los años cuarenta un autor cubano había titulado uno de los capítulos de su ya clásica obra "De la remolacha enemiga".¹⁰

Las zafras restringidas significaban pues un primer obstáculo para el intento de una política azucarera expansiva. Un segundo obstáculo lo configuraba el Convenio (internacional) de Londres, que rigió entre enero de 1954 y diciembre de 1958. Se trataba de un instrumento regulador, en cuya virtud la mayoría de los países productores de azúcar acordaron distribuirse una participación en el mercado mundial. Sus defensores argumentaban que de ese modo se evitaban los efectos nocivos de la competencia y los azares de la demanda y la oferta incontroladas, todo en vistas a asegurar a cada país la colocación de un volumen mínimo de azúcar e impedir la caída de los precios internacionales.

El Convenio de Londres venía así a articularse con las zafras restringidas. ¿Cuánta azúcar producir? Exactamente, descontando una pequeña proporción para el consumo interno, la suma de dos volúmenes. Uno, la cantidad fijada en la cuota norteamericana. El otro, el tonelaje regulado para los cubanos en virtud del Convenio de Londres. En fin, una modesta seguridad era el precio de renunciar a la competencia. Ahora bien, esta modesta seguridad no dio los resultados previstos por los defensores del instrumento internacional. Los precios azucareros cayeron en 1954-1955, es decir, no bien comenzó a aplicarse. En cuanto a la participación cubana en el mercado mundial, disminuyó en el 16.8% del cuatrienio 1954-1957 con respecto al mismo lapso 1951-1953.¹¹

¹⁰ Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963, p. 521 (Publicado originalmente en 1940).

¹¹ "El convenio azucarero internacional para 1959-1963", en *Cuba económica y financiera*, 393 (1958), pp. 31-32. Cf. "Política azucarera (1952-1958)", pp. 178-179.

III. "Los que permitimos producir a nuestro país
somos nosotros"

Las críticas arreciaron. Se descubren desde los más diversos ángulos: el III Fórum Nacional Azucarero reunido en la Universidad de La Habana (1955), que congregara hacendados, colonos (pequeños y medianos cultivadores de caña), técnicos y otros representantes,¹² la revista de actualidades *Bohemia*¹³ y la empresarial *Cuba económica y financiera*.¹⁴ He aquí tres ópticas diferentes que se conjugan en la crítica al Convenio de Londres y a la vez de las zafras restringidas: un autorizado y específico forum, un órgano popular y otro del mundo de los negocios. Era este último precisamente el que resumía la situación: "con zafras cada día más restringidas, con el aumento ininterrumpido de la producción en otras áreas, con precios que declinan en todos los mercados y con el dogal de un convenio azucarero internacional, el mercado americano adquiere para nosotros una importancia vital. La defensa, por tanto, de este mercado —concluía— es un imperativo económico y social".¹⁵

Resulta llamativa la expresión usada en el último párrafo: "la defensa...". ¿Es que la cuota norteamericana estaba amenazada? Pues, si así fuera, ese elemento, en el contexto general, sería trascendente. En efecto, hemos constatado:

¹² Mario Cueto, "Problemas de la industria básica cubana", en *Figuras, trabajos y acuerdos del III Forum nacional azucarero*, en *Bohemia* 51 (1955), pp. 98-100 y 170-172.

¹³ Baldomero Casas Fernández, "Un análisis de la situación azucarera. La restricción azucarera es un error que nos va a traer desastrosas consecuencias", en *Bohemia*, 16 (1953), pp. 16 y 84-86; José Pardo Llada, "Azúcar, politiquería y especulación", 34 (1955) p. 72 (*Bohemia*, 16 de abril de 1953 y 21 de agosto de 1955).

¹⁴ Baldomero Casas Fernández, "Es factible la zafra libre", en *Cuba económica y financiera*, 347 (1955), pp. 41-43; Luis José Abalo, "Ensayos de pronóstico económico. Las necesidades y posibilidades futuras de la economía nacional", en *Cuba económica y financiera*, 353 (1955), pp. 11-14; J. de D. Tejeda Sáinz, "Opio para azucareros" en *Cuba económica y financiera*, 352 (1955), pp. 35-36; "Nuevos motivos de inquietud", en *Cubazúcar*, abril-mayo de 1957. "Opiniones azucareras internacionales", en *Cuba económica y financiera*, 32 (1955), p. 43. Baldomero Casas Fernández, Alejandro Suero Falla, Federico Fernández Casas y Luis Mendoza —firmantes de artículos varios publicados en *Cuba económica y financiera*, *Bohemia* o *Prensa libre*, en el mismo sentido de oposición a la política azucarera oficial— eran hacendados, propietarios de uno o varios ingenios.

¹⁵ J. de D. Tejeda Sáinz, "La defensa de la cuota azucarera de Cuba en los Estados Unidos. Un poco de historia y una pauta", en *Cuba económica y financiera*, 343 (1954), p. 20.

- a) un deterioro económico general en la década de los cincuenta, que afectaba incluso a la burguesía;
- b) la perspectiva de tentar una agresiva política de competencia;
- c) dos obstáculos a remover, las zafras restringidas y el Convenio de Londres.

Y bien, en razón de c) no se ha logrado siquiera ensayar b) a objeto de remediar a) cuando se advierte un peligro mayor: retroceder incluso en las posiciones conquistadas. Y —como lo señala a modo de conclusión *Cuba económica y financiera*— en la más importante, la cuota norteamericana.

Veamos pues este último punto. Con alarma, la Isla iba registrando las noticias de ultramar. La revista empresarial titulaba: "Los remolacheros americanos y la batalla de las cuotas". ¿Por qué batalla y en qué consistía? Veintidós estados norteamericanos —daba cuenta la revista— pasaban a beneficiarse de 343 066.8 hectáreas asignadas por el Departamento de Agricultura para siembra remolachera. Sobre estos estados (que cubren el 67% del área territorial de los Estados Unidos y abarcan el 40% de su población) se lanzaba en especial una campaña publicitaria: norteamericanos, consumid el mejor, el azúcar norteamericano.¹⁶ "No ha dejado de sorprender aquí —editorializaba en otra ocasión la revista empresarial— y nada favorablemente, el descubrimiento de que la ayuda americana está fomentando cultivos de caña en varios sitios del hemisferio occidental... Y desde que el prominente azucarero mister Kemp descorrió ese velo, ante el Sugar Club de Nueva York días atrás —agregaba— en Cuba se comenta el hecho con evidente amargura".¹⁷

La burguesía azucarera se sentía desplazada. El tono ofrece los matices de una ruptura... se recordará: "Cuba ha de competir o perecer". ¿Qué se decía desde la otra orilla? Nuevamente un senador norteamericano salía a la palestra, sin reparos en hacerse oír a través de *Bohemia*: "así como los cubanos tienen que defender sus intereses —enfaticaba el representante por Louisiana, Allen J. Ellender—, yo tengo que defender los de mis electores! Yo represento en el Senado americano una vasta zona productora de azúcar de los Estados Unidos. Y tengo que demandar aquí todo lo que tienda a beneficiarla". Y añadía el senador que Cuba "se ha excedido en la producción... Los que permitimos producir a nuestro país somos nosotros".¹⁸

¹⁶ J. de D. Tejeda Sáinz, "Los remolacheros americanos y la batalla de las cuotas", en *Cuba económica y financiera*, 344 (1954), p. 45.

¹⁷ "El intercambio".

¹⁸ Vicente Cubillas Jr., "¡Sensacional! ¡Exclusivo! Habla el enemigo

La última frase, no por insolente, era menos cierta: había que pedir permiso al vecino del norte antes de dar luz verde al azúcar, pues ¿de qué servía producirlo si el principal cliente rehusaba comprarlo? Y éste, por boca del senador, lanzaba a los cubanos: señores, os habéis excedido en la producción. Y no lo decía en 1952, tras una zafra libre, sino en 1955, en pleno régimen de restricción azucarera. Pues claro: todavía entonces los cubanos continuaban pagando culpas viejas, colocando en el mercado mundial los excedentes de aquella zafra libre de 1952.

Era así un factor de arrastre, incidiendo como agravante en el trasfondo general: un deterioro económico sobre el cual será necesario insistir.

La producción de los años cincuenta se encontraba en alza respecto de las dos décadas anteriores. Pero nuestros índices de comparación no pueden detenerse ahí. Pues, no obstante la relativa recuperación, el azúcar registraba niveles del mismo orden que tres décadas atrás. Si tomamos el sexenio de zafra restringida y lo comparamos con otro de tres décadas atrás, obtenemos estos índices. Promedio anual de producción azucarera para el período 1925-1930: 4 749.8 (en miles de toneladas), promedio anual de producción azucarera para el período 1953-1958; 4 981.5 (en miles de toneladas).¹⁹ Como se ve, son cifras del mismo orden. El término "estancamiento" aquí no es exagerado. Sólo que, en ese lapso de tres décadas, la población —no obstante haber cesado el flujo inmigratorio— no había tenido la gentileza de estancarse y, lejos de ello, había crecido desmesuradamente.²⁰

Para un país no industrializado y con cultivos no diversificados, qué importaban los bienes de consumo en función de sus ventas de azúcar, convertido éste así en la moneda internacional cubana; esto significaba más bocas que alimentar y menos que poner en ellas. Para un país cuya fuente de trabajo número uno era la zafra esto representaba más brazos disponibles y nada que hacer con

No. 1 de Cuba. Los cubanos defienden sus intereses. Yo definiendo los de mis lectores", en *Bohemia*, 10 (1955), pp. 30-32 y 97 "Azúcar. Cambio de táctica", 12 (1955), p. 80.

¹⁹ Thomas, *op. cit.*, pp. 1563-1564.

²⁰ *Censo del año 1943. Informe general*, La Habana, P. Fernández y Cía., 1945, p. 811; Fernando González Q. y Jorge Debasá, *Cuba: evaluación y ajuste del censo de 1953 y las estadísticas de nacimiento y defunciones entre 1943 y 1958. Tabla de mortalidad por sexo, 1952-1954*, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía, 1970, p. 29; *Censos de población, viviendas y electoral. Informe general, 1953*, Oficina Nacional de los Censos Demográfico y Electoral La Habana, P. Fernández y Cía., 1955.

ellos. No en balde 1955 había arrojado el saldo de una zafra de sólo 69 días de ocupación para la masa obrera, según se consignara, y no muy prósperos negocios para la burguesía. La producción cayó ese año al más bajo nivel de la década, a 4 404 000 toneladas.²¹

Era precisamente luego de esta zafra que se formulaban las declaraciones del senador norteamericano Allen J. Ellender. Por lo demás, las perspectivas futuras no aparecían como alentadoras.

Las perspectivas futuras... con ellas volvemos a la pregunta formulada párrafos atrás, y cuya respuesta venimos intentando: ¿es que la cuota norteamericana estaba amenazada? La trascendencia de la pregunta —recordemos— residía en que, bloqueada virtualmente la participación cubana en el mercado mundial conforme a lo estipulado en el Convenio de Londres, quedaba una esperanza: la cuota norteamericana. Pues ella, de tiempo en tiempo, sufría incrementos en función del alza en la demanda en los Estados Unidos. Y bien, la hora de los esperados incrementos sonó en 1956. Sólo que... pero antes aclaremos: para los cubanos, cuota americana significaba los volúmenes que en virtud de tales tenían asignados y el derecho a conservar íntegra la proporción que había determinado esos volúmenes. Esa proporción había llegado a cubrir en una época más del 90% de la demanda norteamericana, y luego disminuido al 43.20% que se registraba en 1956. Pero ese año, como decíamos, llegó la noticia de nuevos incrementos en la cuota... con una baja en la proporción: del 43.20% se reducía al 29.59%, disposición a regir durante cinco años a partir de 1957. Vale decir, durante ese período Cuba dejaría de vender un estimado de 2 419 275 toneladas de azúcar que correspondía a la diferencia (13.61%) que se le había suprimido. La pérdida o, mejor dicho, lo que se dejaría de ganar en esos cinco años a causa del cercenamiento de la cuota en su proporción dentro del mercado norteamericano, se estimaba en unos 240 millones de dólares.²²

Estaba la mano de los competidores, ninguna duda cabía: ellos cubrirían lo que a los cubanos se cercenaba. Y muy especialmente los dueños de casa, los remolacheros norteamericanos, quienes, se ha visto, contaban con la defensa de sus intereses en el seno mismo del organismo de decisión, el Congreso de Estados Unidos.

Nada más significativo que mostrar la evolución comparativa entre la producción remolachera de ese país y sus compras de azúcar cubano. Tomaremos dos sexenios: el de zafras restringidas de los años cincuenta y el que inmediatamente le antecede, registrando las variaciones porcentuales de uno a otro.

²¹ *Anuario Azúcar de Cuba, 1959*, p. 1564.

²² *Política azucarera (1952-1958)*, p. 69.

Producción remolachera norteamericana 1947-52: 9 835 (en miles de toneladas). *Idem* 1953-58: 11 952 (en miles de toneladas). Aumento: 17.71%. Ventas azucareras cubanas en el mercado norteamericano (cuota) 1947-52: 16 810.7 (en miles de toneladas). *Idem* 1953-58: 15 680.8 (en miles de toneladas). Disminución: 6.72%²³ Vale decir, acusaban tendencias contrarias: la primera en alza, la segunda en baja.

"Cuba ha de competir o perecer". Era otra forma de expresar el veredicto dado por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento en su informe sobre la Isla, ya citado: "Pocos países dependen de su comercio exterior en tan alto grado como Cuba". Ese estado era tolerable —y tolerado— si los negocios se mantenían prósperos. Pero llegados los tiempos de las vacas flacas... las voces de los hacendados se fueron dejando oír. Una crítica iba subiendo de tono. Contra la zafra restringida, el Convenio de Londres, contra las medidas tomadas en Estados Unidos. Por la apertura de nuevos mercados. Uno de los hacendados se felicita de las ventas de azúcar (200 000 toneladas) a la Unión Soviética, operadas en 1955.²⁴ Pero este hecho, dentro de la política oficial, aparece como una excepción. Y así las críticas van convergiendo hacia el plano político, contra el gobierno de las zafas restringidas, firmante del Convenio de Londres, y de la pasividad ante los Estados Unidos: el gobierno de Fulgencio Batista, dictador militar tras el golpe de Estado de marzo de 1952.

"Guerra de los dos azúcares", se habían complacido en llamarla ya en los años cuarenta Fernando Ortiz.²⁵ Ahora bien, estos azucareros cubanos de la caña que entreveían que la salida era enfrentar competitivamente a los azucareros norteamericanos de la remolacha ¿habían acumulado como clase la fuerza necesaria para la empresa? La respuesta es afirmativa. No cabe sin embargo medir esa fuerza en función de la expansión azucarera. Ello fue válido en el siglo XIX, mas no en el siglo XX luego que la producción se estancó. Otro índice proporciona la respuesta. La burguesía cubana se había convertido en "expropiadora" de los capitales azucareros norteamericanos de la Isla. Estos, y también otros de origen extranjero, estuvieron dispuestos a vender los ingenios menos tecnificados y rentables, reinvirtiendo en distintos rubros

²³ *Agricultural statistics 1958*. Department of Agriculture, Washington 1959, p. 81; *Agricultural statistics 1966*, Department of Agriculture Washington, 1966, p. 86; *Compilation statistique*, p. 38.

²⁴ Baldomero Casas Fernández, "Es factible la zafra libre".

²⁵ *Contrapunto cubano*, p. 94.

como la ganadería. Y así nos encontramos con las siguientes proporciones invertidas:

a) en 1939 el 55.07% de la zafra fue producto de capitales norteamericanos y el 22.42% de capitales cubanos (el 22.51% restante correspondió a inversores españoles, canadienses, ingleses, holandeses y franceses); b) En 1958 el 62.13% de la zafra es producto de capitales cubanos y el 36.65% de capitales norteamericanos (1.22% respectivamente: inversiones españolas y francesas).²⁶

Hay quienes cuestionan estas cifras y señalan que los capitales norteamericanos estaban abandonando la parte menos rentable de sus inversiones azucareras, desprendiéndose de ingenios de baja productividad. Precisamente. Juzgamos aquí a los compradores y no a los vendedores. Juzgamos aquí la actitud asumida por la burguesía cubana y no a los capitales norteamericanos, cuyos motivos de desplazamiento de inversiones no vienen al caso... salvo para reforzar el argumento: en la coyuntura la burguesía cubana compraba a baja rentabilidad cuando no podía ignorar los riesgos: aumentar la brecha frente a los competidores norteamericanos dentro de la Isla, los cuales se reservaban el índice más alto de productividad.

La tendencia que aparece dominante en la burguesía es apostar "al alza", esto es, apostar al azúcar (a colocar los volúmenes posibles a los mejores precios en el mercado mundial). Es una actitud cuya lógica se inscribe hasta llegada la zafra gigante de 1952. Pero si este tipo de política azucarera se ubica en adelante, la audacia empresarial se decuplica: en años malos, de consecuentes zafras restringidas, su apuesta es el azúcar. En condiciones que tan desfavorablemente evolucionaban ¿para qué quería la burguesía cubana hacerse de más ingenios?, ¿por qué no seguir el ejemplo de los capitales norteamericanos derivando sus inversiones hacia otros rubros? En la coyuntura su voluntad aparece como azucarera, inversionista, competitiva.

IV. *¿Torbellino revolucionario?* *Sólo después se supo*

CONTINUABA siendo patrimonio del capital norteamericano poco más de un tercio de las inversiones azucareras existentes en la Isla. En un período de expansión "cubanizadora" coincidente con el

²⁶ *Anuario azucarero de Cuba, 1958*, cit. en Antonio Núñez Jiménez, *Geografía de Cuba*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1965, p. 287; *Primer forum*, pp. 15-16; "Evoluciona la propiedad de los ingenios", en *Cuba económica y financiera*, 331 (1953), p. 19.

planteo de una disputa por mercados, uno se vislumbraba como el competidor: el capital norteamericano. Cañero en la Isla, remolachero en su país de origen, no era tradicionalmente bien visto en razón de las franquicias obtenidas sobre suelo cubano y del privilegio del que gozaba para elegir el espectro de mayor rentabilidad, situaciones acentuadas bajo el gobierno de Fulgencio Batista y cuya política de zafras restringidas agregaba un nuevo motivo: el reparto inequitativo de los cupos de molienda. Fue así como un sector de los hacendados, los llamados propietarios de pequeños ingenios, levantó su voz para reclamar "igual tratamiento que esos intereses (extranjeros, los cuales son) objeto de privilegios ...".²⁷ Para el propio resguardo llegaron a fundar un Comité Ejecutivo de los Pequeños Ingenios Cubanos, reiterando las críticas a la política oficial azucarera y frente a la actitud no solidaria de la Asociación Nacional de Hacendados.²⁸

De esa última contradicción precisamente se trata. El desarrollo capitalista había sido dado a la Isla en función de una división internacional del trabajo, particularizado por comercializar la mitad o más de la monoproducción azucarera a un solo país, el vecino del norte. Una relación de tipo bilateral pero regida unilateralmente por una de las partes, los Estados Unidos, por medio de su Congreso. Con esa situación heredada de sus antepasados se baten los hacendados. Ciertamente habían hecho transferencia del poder de decisión, pero sin firmar la rendición incondicional. Y, en esa medida, guardaban capacidad para generar contradicciones extrafronterizas.

¿Qué decía en esencia aquel pacto de clases bajo cuyo signo había nacido a principios de siglo la república azucarera? Ustedes —los cubanos— producen; nosotros —los norteamericanos— compramos. Y he aquí lo irritante: mientras la voluntad azucarera cubana se afirmaba, la voluntad compradora norteamericana se debilitaba. Es lo que vimos antes: mientras la burguesía nativa reinvertía en el rubro, el vecino del norte venía disminuyendo, de reajuste en reajuste, las proporciones de la cuota asignada a la Isla, hasta dar en la quita de 1956.

De ahí que escuchemos las voces, en ocasiones airadas, de los hacendados. Claro está, no eran los únicos ni fueron los primeros en manifestarse. La demanda por cambios en la política económica era general e insistente a medida que transcurría el período. Desde

²⁷ Tony Delañoza, "No queremos ser víctimas de los poderosos de la industria, afirma Luis de Armas, líder del grupo de ingenios cubanos de pequeñas compañías", en *Bohemia*, 36 (1952), pp. 62-63 y 95.

²⁸ *Ibid.*

la clase obrera hasta los sectores no azucareros de la burguesía, pasando por los demás productores o intermediarios, urbanos o rurales, todos tenían su ración dentro del deterioro económico. Y a todos concernía ese común destino de los cubanos, el azúcar.

Los propios hacendados recurrían al argumento del descontento general para abonar sus tesis. Veamos un ejemplo. Un propietario de ingenios, al manifestar su disconformidad con las zafras restringidas, citaba en su abono la opinión de diversos sectores sociales del entorno; los colonos (campesinos cultivadores en el llano) que lo abastecían de caña, los trabajadores afectados a la maquinaria y los comerciantes de la jurisdicción.²⁹ Ningún esfuerzo costará encontrar en el resto de la prensa comercial —en la medida en que ésta se podía manifestar bajo una dictadura— la protesta expresada desde el ángulo de los particulares intereses de clase. Había pues una presión social fuerte, uno de cuyos elementos militantes lo había constituido la ya citada huelga general azucarera en vísperas de la zafra de 1956.

Y aun cuando la iniciativa social se hubiera escapado de sus manos, mientras los hacendados no veían amenazada su preeminente posición monopolista, nada obstaba para utilizar el torbellino de los años cincuenta como respaldo nacional para el planteo de una agresiva competencia extrafronteras. Torbellino revolucionario, decíamos. Pero esto se hizo claro después. Mientras tanto aparecía como torbellino a secas.

La burguesía azucarera no lo temía. Como en tiempos de la colonia, el hacendado se veía protagonista. Y en verdad continuaba siéndolo. Había hecho un *slogan* de sí mismo a través de los *mass media* de su "gran prensa", *slogan* que repetían la calle e incluso las letras de canciones de moda: sin azúcar no hay país. Como el azúcar tenía dueño... el razonamiento era claro para todos: el azúcar se erigía en destino y la burguesía en condición para el ser nacional.

Nada más cubano que el azúcar, el hacendado su dueño: nadie más cubano que el hacendado. Todo lo demás pasaba por un monótono mapa: cañas, ingenios, esclavos de ayer u obreros de hoy, tierras, ferrocarriles, puertos. De todo el hacendado se sentía poseedor o por lo menos consideraba que, dentro de la Isla, servía a sus fines. Sin azúcar no hay país, resumía su filosofía. Y si algo faltaba era sacar la cabeza fuera de la Isla y decírselo a los remolacheros del vecino del norte. En otras palabras, una actitud de agresiva competencia. Todo se venía conjugando en ese sentido. En-

²⁹ "Opiniones azucareras internacionales. Cuba", en *Cuba económica y financiera*, 384 (1958), p. 45.

tonces, si algo faltaba, fue dado por la palabra "oficial" de la clase cuando el patriarca azucarero, el mayor productor de todos, no sólo de la Isla sino del orbe entero, salió a la palestra.

V. El Rey del Azúcar

¿QUIÉN era? Julio Lobo. En realidad ya lo conocemos. Aquel hacendado que vimos páginas atrás argumentar contra las zafras restringidas en nombre de sus colonos, obreros del ingenio y comerciantes del entorno; éste era Julio Lobo. Ya en tal actitud aparecía clara la inteligencia de colocar la nación, a través de una gama de sus sectores sociales, tras el hacendado. Corría marzo de 1958. Tres huelgas, brotes insurgentes y lucha armada en la sierra, la guerra civil que poco después sacudirá al país de un extremo al otro. Es hora de dar un paso al frente y es para esa misma época que Julio Lobo hará algo más: salir al encuentro de los remolacheros en casa de éstos.

El *New York Herald Tribune*, hacia la época que nos ocupa uno de los más importantes cotidianos norteamericanos, nos ofrece su semblanza:

En Cuba, donde azúcar es todo, y más que todo sinónimo de nación, Mr. Lobo es simplemente "Julio" para los hombres de negocios, los conductores de taxis y los miles de empleados de sus once ingenios. Internacionalmente, es el Rey del Azúcar . . . para sus enemigos su existencia se presenta por sí sola como una violación de las restricciones internacionales contra los cartels. Mas, tal cual el proverbio de los negocios predica, *business alone is not a crime*.³⁰

He aquí el trozo de una pluma periodística. Julio Lobo, figura patriarcal en la tierra del azúcar. Julio Lobo, el rey, el más poderoso, controvertido y temido internacionalmente. Pues bien. Esta figura —remarca el mismo comentario periodístico— deja el silencio impuesto a sus cuarenta años de vida activa como hombre de negocios, para salir a la pública palestra. Poco en efecto le hubiera costado publicar una solicitada o un anuncio comercial más, del tamaño y precio que fuera. No, esta vez él personalmente concede la entrevista en inusual descarga del peso de su autoridad. Tam-

³⁰ "Lobo dreams of benefits for Cuba in plan to modernize sugar mills", en *New York Herald Tribune*, 23 de marzo de 1958; David Steinberg, reportero, *Financial-Business*, 2a. sección, pp. 5-6.

poco era cuestión de hacerlo a través de un diario cubano, sino del *New York Herald Tribune*.³¹

Era pues la tribuna dirigida a los norteamericanos. La ocasión se prestaba pues Julio Lobo acababa de adquirir ingenios azucareros por valor de 24.5 millones de dólares, comprendidos un ferrocarril, usinas, etcétera.³² ¿Qué decía el entrevistado? "Debemos modernizarnos o morir". Otra vez la situación planteada en términos de alternativa dramática. Con una variante: "modernizarnos".

Ahora bien, todo el mundo sabe lo que en buen romance significa: bajar los costos. Y bajar los costos es esencialmente para eso: ganar mercados, desplazar la competencia. "Debemos modernizarnos o morir", no era pues sino otra forma de expresar la alternativa conocida: "competir o perecer". Mas, como se ha señalado, la tecnificación no proporcionaba grandes posibilidades y, en realidad, para competir hacía falta otra cosa: decidirse a producir azúcar a capacidad plena y toda lanzarla al mercado, esto es, el sistema de las zafras libres. Es lo que, en otros términos, concluía en definitiva Julio Lobo: "Estamos firmemente convencidos de que el reto al azúcar hoy día puede responderse con un consumo aumentado en lugar de una producción disminuida".³³

Tales son los párrafos que por su parte elige la revista empresarial para reproducir en sus páginas, a los que añade este comentario:

Precisamente ésta es la posición que ha adoptado *Cuba económica y financiera* durante largos años. No es restringiendo zafras, ni defendiendo exclusivamente el precio como mejor se sirve a nuestra industria azucarera. Estos dos sistemas son negativos, tanto a corto como a largo plazo, pues a menor producción mayor costo por unidad y mayor oportunidad damos a otros países para aumentar su capacidad...³⁴

Hemos seguido la actitud de la burguesía azucarera a través de manifestaciones recogidas en la prensa del período hasta rematar en las declaraciones de Julio Lobo. Declaraciones que se expresan con motivo de sus reinversiones azucareras. Es precisamente esta cuestión la que se encuentra en la base, necesaria para medir si la burguesía se iba en palabras o si en principio ya acompañaba de hecho sus manifestaciones de descontento. Y bien, la actitud asu-

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*

³³ *Ibid.*

³⁴ "Opiniones azucareras internacionales", p. 39.

mida por Julio Lobo coincidía con la observada en general en el seno de la clase.

Cierto es que los hacendados habían sido acusados de preferir prudentes reinversiones en inmuebles en Miami o New York, en bonos del gobierno federal norteamericano o bien en el atesoramiento de dólares en bancos extranjeros.³⁵ Quizás optarían por ello antes que reinvertir en industrias no azucareras. Pero no nos podemos basar en supuestos: la tendencia general de las dos últimas décadas era expansiva: la "cubanización" de las inversiones extranjeras del azúcar, al punto de haber triplicado en ese lapso la capacidad productiva. Todo indicaba una *voluntad azucarera* que, al sobrevenir la crítica coyuntura de los años cincuenta, motorizaba una situación competitiva originaria, pasando a un planteo de guerra por los mercados con destinatario los remolacheros del norte.

Guerra por los mercados. Pero no sólo ésa, la "de los azúcares". Otra guerra, en el sentido más propio de la palabra, conmovía por entonces al país y se libraba en provincia de Oriente, en cuyas montañas se hacía fuerte la guerrilla comandada por Fidel Castro. Curiosamente, en el mismo ejemplar del *New York Herald Tribune* donde Julio Lobo había lanzado su desafío anti-remolachero, se hacía la crónica y evaluación del estado de la lucha armada.

La guerra total comenzará el 10. de abril, dicen los rebeldes cubanos liderados por Fidel Castro. Fue un ultimátum directo a la dictadura del Presidente Fulgencio Batista. La osada proclama rebelde de "guerra total" parece a primera vista como destinada a hacer ruido, a la luz de sus comparativamente escasas cohortes en las montañas de la provincia de Oriente. Sin embargo, se trata de un manifiesto que debe ser tomado en serio en vista del hecho que los rebeldes se han batido tenazmente contra las tropas de Batista, y además que su espíritu revolucionario parece haber rápidamente calado hondo en Cuba.³⁶

VI. El pacto de Caracas

No se equivocaba el diario norteamericano. La fuerza de la guerrilla instalada en las montañas cubanas no podía medirse por el número de sus efectivos sino por el apoyo creciente con que contaba, por la solidaridad que le llegaba, incluso desde los núcleos de la

³⁵ *Informe sobre Cuba*, t. 1, pp. 9-10 y 22-23.

³⁶ "Cuba rebel threat", en *New York Herald Tribune*, 23 de marzo de 1958.

burguesía no azucarera, especialmente en la provincia de Oriente. Y en cuanto a la población en general, venía sufriendo no sólo el deterioro de las condiciones económicas, sino el peso de una dictadura, tal como el *New York Herald Tribune* califica al gobierno de Fulgencio Batista. Una mecánica de protesta-represión-protesta iba en ascenso, cobraba las formas más agudas pues la dictadura no conocía límites en el empleo de la represión, ni el pueblo cedía en su respuesta.

Fue entonces cuando la burguesía azucarera prestó atención. ¿Qué estaba pasando en la Isla? ¿Qué significaba todo ese ruido de armas? ¿Quién era este Fidel Castro, especie de Robin Hood de las montañas de Oriente? Uno que bien pronto podía suceder en el gobierno a Fulgencio Batista. Y que tenía la audacia que le faltaba a éste, el hombre de las zafras restringidas, de la firma del Convenio de Londres, de la pasividad frente a los remolacheros del norte.

Era un momento histórico en el que la Revolución advertía la proximidad del enfrentamiento militar decisivo y, con éste, la necesidad de acumular en un polo todas las fuerzas sociales capaces de cerrar paso, o cuando menos, restar apoyo a la dictadura, o, dicho en otras palabras, aislar al enemigo. Era pues un momento de necesario repliegue programático. Difícilmente los hacendados se plegaran —o declararan una neutralidad objetivamente favorable a la Revolución— a quien se pregonara partidario de nacionalizaciones.

Así lo testifican las declaraciones dadas a conocer por la prensa. Nos referimos tanto a las de Julio Lobo ya citadas como a las que por entonces viene formulando Fidel Castro allí donde le es permitido, esto es, en órganos periodísticos de Estados Unidos cuyo eco recogía de inmediato en Cuba, y que se encuentran algo olvidadas por cierto sector de los historiadores. No podemos en este texto reproducirlas todas, por lo que remitimos al lector a las fuentes.³⁷

Una de ellas consiste en declaraciones formuladas al periodista norteamericano Andrew Saint George, de quien lo menos que se podrá decir es que era un exaltado anticomunista. En uno de los párrafos Fidel Castro manifiesta: "Nuestro movimiento 26 de Julio nunca proclamó la nacionalización de las inversiones extranjeras aunque yo, por mis veintitantos años, *personalmente* abogué por

³⁷ Entre otras: Fidel Castro, "Inside Cuba's Revolution", en *Look*, 4 de febrero de 1958, pp. 24-30; Fidel Castro, "Why we fight", en *Coronet* (Chicago), febrero de 1958, pp. 80-87; "Castro on eve of his big bid", en *Life*, 14 de abril de 1958; "Cuestionario de Jules Dubois", en *La Revolución Cubana* (documentos de la revolución), prólogo y notas de Gregorio Selsler, Buenos Aires, Palestra 1960, pp. 147-151; "Cuba, this man Castro", en *Time*, pp. 35-36.

la nacionalización de los servicios públicos. La nacionalización nunca puede ser tan beneficiosa como una correcta inversión privada, sea criolla o extranjera, que lleve como finalidad la diversificación de nuestra economía".³⁸ La nacionalización de las compañías eléctrica y telefónica, ambas propiedades de capitales norteamericanos, había sido propuesta por Fidel Castro en *La historia me absolverá* (1953).

Representativo del conjunto de expresiones vertidas por esa época, el párrafo expresa claramente el repliegue programático de los revolucionarios en bien de la unidad de todas las fuerzas posibles contra la dictadura. Son parte de una deliberada táctica política y confluyen objetivamente junto a otras como las declaraciones de Julio Lobo— hacia un acuerdo político donde quedará concretado el frente antibatistiano; es el documento conocido como "Pacto de Caracas", y al cual pasaremos a referirnos. Como telón de fondo permanecía la "guerra de los dos azúcares", según la recordada expresión de un clásico autor cubano; y la otra guerra, la guerra civil, en fase de agudo y decisivo enfrentamiento a medida que avanzaba 1958 y cuyo teatro principal continuará siendo el que había apuntado el desembarco del Granma, la Sierra Maestra.

No sin vicisitudes, con marchas y contramarchas, luego de acordar un manifiesto y romperlo tiempo después, se llega finalmente al Pacto de Caracas, fechado el 20 de julio de 1958.³⁹ Permanecerá vigente hasta la caída del régimen y, no obstante ausencias que se revelan entre los firmantes, constituye el documento fundamental de unidad de las fuerzas de oposición. Junto a Fidel Castro figuran connotados representantes de corrientes políticas tradicionales como Carlos Prío Socarrás —el Presidente depuesto por el golpe de Estado de 1952— y personalidades no partidarias. Nombres vinculados a las altas esferas de negocios que operaban en la Isla, y que contaban al momento de requerirse amplitud en el movimiento antidictatorial.⁴⁰ El Pacto de Caracas convocaba a la nación entera, con expresa mención de los hacendados.

¿Cómo respondieron éstos en conjunto? Culminaba un proceso cuyos rasgos sobresalientes se ha intentado dibujar a lo largo de la década. De más en más la burguesía azucarera fue traduciendo las expectativas económicas en definición política. Y ésta fue apu-

³⁸ Fidel Castro, "Inside Cuba's Revolution".

³⁹ El Pacto de Caracas reclamaba explícitamente la unión de obreros, estudiantes, miembros de las profesiones liberales, comerciantes, industriales, colonos, campesinos y hacendados. Texto incluido en *La Revolución Cubana*, Documento de unión de las fuerzas opositoristas, pp. 152-155.

⁴⁰ Fidel Castro, *Discurso pronunciado por el primer ministro del gobierno revolucionario* (1-2 de diciembre de 1961), varias ediciones.

rada por un hecho que súbitamente tornó dramática la situación. En diciembre de 1958 la guerra civil se extendía desde la Sierra Maestra en oriente hacia el centro del país, y por esta causa no podía darse comienzo a la zafra. Al estar ésta en peligro, la burguesía azucarera en bloque aventó toda duda: que cayera Fulgencio Batista. Desde luego, el compromiso se remontaba a meses atrás, con ocasión de la firma del Pacto de Caracas.

Dejemos que dos de sus partidarios, que ocuparon altos cargos en el gobierno, nos hagan el relato de esas semanas finales de 1958 en el marco de la Asociación Nacional de Hacendados. Con cierta amarga ironía, explican:

Se discutía con inusitado patriotismo si debía o no exigírsele al Presidente Batista que renunciara. Se describía la situación y se planeaba la forma de ubicarse mejor junto a la revolución con frases como éstas: "Señores, la revolución es un hecho. No debemos permanecer alejados de quienes están llamados a escalar el poder". Algunos (hacendados), más listos, descubrían que desde hacía rato estaban en contacto con el 26 de Julio. Otros, los más comprometidos con el gobierno, se justificaban con un: "No vamos a conspirar contra Batista, sólo a proteger nuestros intereses que son los de la nación".⁴¹

Fulgencio Batista... en tal trance puede pensarse que ya nadie estaba dispuesto a brindarle su apoyo. Sin embargo, pocos días antes de su caída el senador norteamericano Allen J. Ellender, de visita en La Habana, declaró a la prensa que él estaba decididamente a favor de Fulgencio Batista y en contra de Fidel Castro, a quien llamaba un "bandido".⁴² Como se recordará, el senador era el defensor de los intereses de sus representados, los remolacheros norteamericanos...

Conclusiones

Nos hemos detenido particularmente en este momento histórico, de notable superposición de lo político sobre lo económico. Dos hechos resaltan en el punto de partida: la contracción azucarera y el golpe de Estado de Fulgencio Batista. Y, entre ambos, el descontento que provoca la primera. Para eso, en efecto, ha sido llamado el "hombre fuerte". Coincidente con los requerimientos hemisféri-

⁴¹ Jorge García Montes y Antonio Alonso Avila, *Historia del Partido Comunista de Cuba*, Miami, Ediciones Universal, 1970, pp. 546-547.

⁴² "Enemigo público No. 1 de Cuba", en *Bohemia*, 10(1959), p. 19.

cos de la guerra fría, ningún gobierno civil sería capaz de encarar su tarea. La tarea de decir a los cubanos: resignense al deterioro que les traerá la contracción azucarera. De allí que esta última sea reivindicada por nosotros en el punto de partida. A la apertura del período 1952-1959 no aparece el golpe de Estado sino un conjunto interactuante de oferta azucarera en alza en el mercado mundial que choca con la zafra gigante cubana de 1952 para arrojar el nuevo signo en la política económica de la Isla: contracción azucarera.

Zafras restringidas... ¿qué son sino una serie de malas cosechas? Con la diferencia de que no cabe echarle la culpa a la naturaleza... con la semejanza de que el mercado mundial actuaba sobre el país con tanto imperio como la naturaleza. En suma, un período descompensando el proceso a la base: la relación entre la Isla y el mercado mundial. O, dicho en otras palabras, un tiempo corto que cuestiona el contenido de la larga duración cubana.

Todavía antes que Fernando Ortiz, otro clásico autor cubano, Ramiro Guerra, enumeraba ya en 1927 como primera contradicción para el empresario cubano, la siguiente: "contra la producción azucarera de los Estados Unidos y de sus posesiones insulares (Hawái, Puerto Rico y Filipinas)".⁴³ El autor subrayaba seguidamente el carácter estéril de esa contradicción en el campo económico, dada la potencialidad del competidor. Tal vez haya sido así y la disputa por los mercados estuviera perdida para la burguesía cubana. Vino la revolución, cambió las reglas del juego, y el desenlace no pudo saberse. De cualquier modo la contradicción, hasta el punto en que pudo desarrollarse, rindió frutos en otro campo: el político, allí donde el hecho revolucionario acorraló a la burguesía arrancándole decisiones cuyas inmediatas consecuencias estuvo entonces muy lejos de calcular.

Los hacendados cubanos apostaron y perdieron. Jugaron a que el torbellino de los años cincuenta sirviera a sus intereses —"que son los intereses de la nación", como todavía decían en vísperas de la caída de Fulgencio Batista— pero el torbellino fue más fuerte, y los arrastró hacia un juego donde las apuestas serían más altas que sus intereses. La Revolución dio en 1952-1959 con un impenso aliado y la burguesía azucarera aceleró la marcha hacia un destino por entonces más impenso aún.

Tumbada la dictadura, el período cede lugar a otro de distinto carácter, tal como lo evidencia la variación de las contradicciones sociales a partir de 1959. No aceptará la burguesía de los ingenios y de los latifundios pagar el precio de la reforma agraria

⁴³ Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1970, p. 113, prólogo de Manuel Moreno Fragnals.

para continuar gozando de apoyo en su disputa por los mercados. Toda tarea de liberación nacional acabará por resultarle irritante y rápidamente será cancelado el compromiso con las masas rurales, la clase obrera y otros sectores populares, al alistarse la burguesía con su reciente adversario, el capital extranjero.

Pero ésta es ya otra historia. Y nuestras notas no van más allá de un período de la Revolución cubana: cuando los hijos del azúcar —esos millones que de una u otra manera quedaban involucrados en su circuito— derribaron a Fulgencio Batista; y cuando los hacendados, entonces amos del azúcar, abandonaron al dictador en su caída. Bien pudieron después preguntarse sobre aquéllo que el filósofo Hegel llama la astucia de la Historia: acciones orientadas hacia un fin se vuelven en dirección opuesta y, cayendo sobre sus autores, los dejan atrapados.